

EL NO-BUDA

Autor: Abilio Ayuso



Nadie puede llegar a una meta espiritual sublime si para ello debe provocar la desgracia ajena, el karma nunca perdona. +14

Ya desde pequeño, Taji dio muestras de una personalidad singular, por encima del común de los mortales, su inteligencia era muy superior a la de cualquiera de sus compañeros de escuela, pero eso no le hacía pretencioso, por el contrario, siempre trataba de ayudar a los más rezagados aunque le ocupara un tiempo que hubiera podido utilizar para sobresalir más aún del resto.

Una de sus pasiones eran los idiomas, además del suyo propio, el japonés, pronto dominó el chino mandarín, tibetano, inglés, francés, árabe e incluso lenguas muertas como el sánscrito, devoraba libros de filosofía con verdadera pasión, su prodigiosa inteligencia le hacía discernir con rapidez las verdaderas enseñanzas de las meras especulaciones.

Los mismos estudios que para otros representaban un gran esfuerzo, para él eran juego de niños, su memoria fotográfica le permitía recordar hasta el último detalle de un libro con sólo hojearlo, pero no quedaba ahí la cosa ya que de inmediato podía relacionar entre sí cualquiera de las ideas que aquella publicación contuviera, además del resto de su conocimiento preliminar, sacando conclusiones que ni al propio autor se le habían ocurrido.

Ello, le permitió obtener varios doctorados a una edad muy temprana: Neurocirugía, psiquiatría y psicología, su gran deseo era ayudar a su reverso de la moneda, aquellas personas que, por daño físico o psíquico, genético o sobrevenido, vivían un infierno mental, seres que deseaban comunicarse y no podían, almas perdidas dentro de un cuerpo que no respondía.

Sus éxitos en este campo le reportaron fama, eso hizo que de una forma más o menos interesada los fondos fluyeran hacia su obra y pudiera montar su propia clínica especializada donde atender los enfermos que en otros lugares habían dado por perdidos.

Allí fue donde conoció a Aiko, una enfermera que destilaba paciencia, bondad, comprensión y amor hacia su prójimo, ella atendía los casos más difíciles, aquellos pacientes que acababan sacando de quicio al personal más curtido.

Pronto se desarrolló una verdadera admiración del uno por el otro, a ella le maravillaba que un hombre tan joven pudiera albergar tanta sabiduría y serenidad y a él las angelicales cualidades de Aiko.

Esa mutua admiración pronto se convirtió en amor, se casaron con una ceremonia muy sencilla, sin realizar viaje de bodas para no dejar desatendidos a sus pacientes.

Cuando nació su segundo hijo decidieron no tener ninguno más, como acto de responsabilidad hacia el planeta y para poder dedicar a cada uno de los niños tiempo suficiente.

Si en el mundo ha existido una familia perfecta, esa fue la que formaban Taji y Aiko, en siete años de matrimonio no hubo una mala palabra ni un reproche, si alguno de

ellos podía cometer el más mínimo fallo, el otro consideraba un gran honor y un placer asumirlo gozosamente.

Por eso ella no puso el más mínimo inconveniente cuando, sin previo aviso, él mandó construir un pequeño oratorio elevado en un rincón del jardín, un lugar donde meditar apartado de todo y de todos.

Taji explicó a su mujer que se retiraría unas horas al día a meditar en aquel lugar para poder expandir su conciencia y llegar a un conocimiento superior y trascendental, ella dijo que le parecía una idea maravillosa.

Cada atardecer, trepaba hasta ese nido de águilas mediante una escalera de cuerda, que una vez recogida desde arriba, hacía casi imposible que nadie subiera a importunarle.

Allí su mente se abrió a nuevas sensaciones, pudo superar las barreras físicas mediante el viaje astral, comprender la esencia de la vida misma y estar en comunión con la naturaleza, en aquel lugar escribió algunas obras de filosofía que dejaron maravillados a los mejores especialistas.

Su gran deseo era acceder plenamente al mundo espiritual, un plano superior desde el cual no tener que reencarnar en este bajo estado material, que al igual que los grandes maestros, consideraba el infierno, el crisol donde los espíritus se modelaban sufriendo hasta alcanzar la perfección.

Poco a poco se fue alargando el tiempo de meditación, pero Taji no estaba plenamente satisfecho, pensó que necesitaba acceder a un nivel más elevado.

Cuando aquella noche descendió del oratorio, su esposa le estaba esperando pacientemente para cenar, sin un mínimo reproche.

Comieron en silencio y al acabar, él simplemente dijo: “Si quiero progresar en mi camino hacia la iluminación debo retirarme de todo y de todos, mañana mismo partiré hacia una ermita en las montañas donde me aislaré del mundo, lamento el daño que ello pueda causarte a ti, los niños e incluso los pacientes de la clínica, pero sé que debo hacerlo”.

“Ve si piensas que ese es tu camino, no te preocupes por mí, procuraré suplir tu ausencia con la mayor entrega al cuidado de nuestros hijos ya que no disfrutarán de tu presencia y consejos, en la clínica estoy segura de que los otros dos doctores, aunque no tienen tu nivel, se esforzarán al máximo para que tu falta se note lo menos posible”.

“Te agradezco que lo comprendas, partiré al alba sin despedirme de nadie para causar la menor pesadumbre posible”.

Así lo hizo, en la soledad de su retiro sintió que su mente se expandía, que prácticamente podía formar una unidad con la sabiduría universal, llegó a tener conocimiento de sus vidas anteriores y supo que poseía la capacidad de acceder a la suprema virtud del equilibrio que podía liberarle de la eterna rueda de la reencarnación.

Durante el resto de su vida, almas piadosas subieron algún bol de comida que dejaban en un hueco del muro, pero sin entablar ningún contacto con el ermitaño.

Mientras aquello sucedía, su esposa se esforzó al máximo para que la ausencia de su marido causara el menor impacto posible, aun así, la niña mayor no llegó a superar el hecho de que su padre la hubiera abandonado, a partir de entonces su alegre carácter se malogró, mientras que el más pequeño se refugió en su madre, desarrollando una dependencia excesiva.

Por otro lado, la clínica bajó de nivel al no contar con el genio de Taji, enfermos que con su concurso hubieran podido llegar a sanar no lo consiguieron.

Una mañana al amanecer, Taji supo que su vida terrenal había llegado a su fin y lo aceptó con la máxima alegría, su espíritu se desprendió lentamente del que ahora era un despojo mortal, un cascarón inservible.

Aunque llevaban más de medio siglo sin verse, Aiko sintió la muerte del que aún consideraba su esposo y falleció pocas horas después, rodeada de sus hijos, nietos y hasta algún biznieto.

Durante aquellos cincuenta años de ausencia había consagrado su vida al prójimo, comenzando por su propia familia, pero centrándose siempre en los más desfavorecidos.

De su boca nunca escapó una queja ni un reproche hacia su marido ausente, más aún, si algún pariente lo hacía cortaba de inmediato la conversación diciendo que Taji era un santo y que debían estar orgullosos de que alguien con un espíritu tan elevado perteneciera a la familia.

Para ella no existían festivos ni vacaciones, únicamente se tomaba unas horas para celebrar la boda de algún hijo o nieto, menos de cinco horas diarias era todo su descanso que podía interrumpir de inmediato si alguien la necesitaba, sus comidas apenas un bol de arroz con verduras sentada en cualquier rincón mientras acompañaba algún enfermo.

Nunca se vio en ella un mal gesto o una repuesta agria, su dulzura y sonrisa fueron el consuelo de muchos desdichados, por eso fue apodada como Aiko el ángel.

Cuando Taji abandonó el plano terrenal, no vagó como otras almas sin saber que rumbo tomar, era un poderoso espíritu de luz que conocía su camino y su destino, fue sobrepasando los planos espirituales más sencillos hasta llegar al pináculo donde se

hallaban los budas, los que habían superado el mundo material y no precisarían reencarnar.

Allí los pudo contemplar con su aura maravillosa formando un grupo casi perfecto, porque eran once y el número de la perfección es la docena, tenía la evidencia de que él era la pieza que faltaba, sin embargo, no era invitado a unirse, eso le desconcertó, había algo que le retenía pero no acertaba a comprender el que.

No tardaron en llegarle los amables y compasivos mensajes mentales del grupo que venían a decirle algo así como: “Taji, querido Taji, tú que has llegado a cotas de sabiduría impensables, ¿Como has podido fallar en lo más simple?, igual que el sabio distraído que sale de casa sin pantalones”.

“Pero... Sin ánimo de parecer soberbio, estoy convencido de que he llegado al conocimiento absoluto y al equilibrio total”.

“Y así es, pero alguien con un conocimiento tan inmenso ha olvidado algo tan sencillo como el karma, porque no se puede construir algo sublime en el plano espiritual basado en la desgracia y el sufrimiento ajenos, sufrió tu mujer cuando la abandonaste, también tus hijos y los enfermos que dependían de ti, has venido a nosotros con un karma sucio, por eso no podemos aceptarte, deberás reencarnar tantas veces como sea necesario para limpiarlo”.

“Lo comprendo, mi afán de superación me impidió mirar hacia atrás, sin embargo, desde mi más absoluta modestia debo señalar que llegado a este punto resulto necesario, hace falta un doceavo buda para cerrar el círculo”.

“El doceavo buda está llegando a nosotros y no eres tú”.

En aquel momento Taji pudo observar la entrada en el círculo de un espíritu tan luminoso y puro que hacía llorar de gozo, era Aiko que le contemplaba con un amor infinito, los once se dirigieron a ella diciéndole: “Concédenos la dicha de unirse a nosotros”.

Seguidamente dijeron a Taji: “La perfección tiene muchos caminos y no siempre es el ascetismo el más adecuado, ahora reencarna y cumple tu destino pagando la deuda de amor que tienes con los tuyos”.

Mientras descendía al plano material, a Taji le vino a la memoria, sin saber porque, la frase de una antigua mística europea que dijo más o menos: “Dios también anda entre los pucheros”.

FIN...